

algunos débiles conatos de rebelion, no se cuenta de este reinado ningun hecho de armas que mereciera llamar la atencion, fuera del que se empleó para castigar la indolencia del señor de Meztitlan, cuando ciñó la corona de Xaltocan, como ya queda referido, y el auxilio que se prestó al señor de Tlaxcalan.

Cuando este monarca se vió acemeticado de un accidente que rápidamente se declaró mortal, llamó á su hijo el príncipe Ixtlixochitl para instruirlo con sus últimos consejos. Le advirtió estar ya cerca el fin de sus dias y que el poder que habia disfrutado pronto pasaria á sus manos. Le advirtió los peligros á que quedaba espuesto, con la altivez y ambicion del astuto viejo Tetzotzomoc y que para prevenirlos debia usar de mucha prudencia y de bastante tino para hacerse dueño de la voluntad de los señores, los cuales fácilmente adoptarían el partido del rey de Azcapozalco. Concluidas sus advertencias, espiró. Se fija su muerte, del año de 1406 al de 1409.

Fueron luego los mensageros á dar aviso á todos los príncipes y señores del imperio, de la muerte del monarca, para que asistieran á sus exequias segun era costumbre; pero luego tuvo Ixtlixochitl ocasion de conocer cuan sábias habian sido las previsoras advertencias de su prudente padre, que sin embargo de la estimacion que generalmente se hacia de las grandes virtudes de Techotlalatzin; y que lo hacian tan digno como acualesquiera de sus antepasados, solo asistieron cuatro señores para hacer los honores funerales al real difunto. Tetzotzomoc habia indicado bastante su deseo de recobrar la corona imperial que por algun tiempo habia tenido su padre Acolhua II y era de todos conocido el espíritu de venganza que lo animaba para con el heredero del trono: así es, que unos por que directamente abrazaban su partido y otros que lo temian, el caso fué que

todos con fingidos pretestos se escusaron de ir á llevar ante el cadáver de Techotlalatzin el homenaje de sus lágrimas, para no vivir obligados á reconocer la autoridad del heredero, que debia ser combatido por el rey de Azcapozalco.

CAPITULO XXI.

Reinado de Ixtlixochitl.—Liga de Tetzotzomoc con los reyes de México y Tlaltelolco para usurpar la corona del imperio.—Muerte de los dos reyes aliados.

Todos los reyes y señores que formaron las cortes reunidas por Techotlalatzin el año de 1391, habian reconocido á Ixtlixochitl por heredero legítimo de la corona; pero llegada la vez de la solemne coronacion de este príncipe por la muerte de su padre, todos se rehusaron á ir aun á las exequias como ya hemos visto, por temor de desagradar á Tetzotzomoc, quien tenia bien manifiesto su deseo de apropiarse la suprema autoridad. Solo los señores de Aculma, de Quauhquecholan, de Tetlanzeo y de Teocalco, habian permanecido fieles y sin temor del rey de Azcapozalco concurrieron á la corte; pero este insignificante número, no permitió hacer la coronacion del nuevo emperador con la pompa que se debia.

Ixtlixochitl conocia que aquella crítica situacion, era ocasionada por la ambicion de Tetzotzomoc; y que sus maquinaciones para con los demas príncipes, manejadas con destreza y apoyadas por el respeto de su edad y grande autoridad, los habia substraído de concurrir á protestarle su obediencia. Quiso el príncipe tomar una pronta resolucion para cortar el mal en su raiz y para

esto hizo levantar de pronto las fuerzas que pudo, poniéndolas al mando de los mejores generales; y fortificado en su corte, llamó al rey de Azcapozalco y los demás señores, para que tuviera lugar la coronación y reconocimiento de su autoridad, en medio de las ceremonias de costumbre. Tetzotzomoc, se escusó de no concurrir por los achaques de su salud; pero ofreció hacerlo lo más pronto que recobrará sus fuerzas. Esto irritó á Ixtlixochitl, que conocía la malicia de aquella excusa y los fines á donde se dirigía, por lo cual se había resuelto á marchar contra él y sujetarlo antes que pudiera aumentar su partido; pero los ministros le aconsejaron no dejarse llevar del ardor de su espíritu, sino tener presentes los prudentes consejos de su padre y antes de comprometerse en una guerra procurase afianzar por otros medios la alianza con otros señores, que hasta entonces parece estaban neutrales. Llevado de este consejo, disimuló y manifestó á los embajadores su sentimiento por la enfermedad de su rey y su resolución de esperar á que se mejorara y fuera á la corte para la coronación.

Mientras Tetzotzomoc divertía así el ánimo de Ixtlixochitl, llamó secretamente á los reyes de México y Tlaltelolco y á todos los demás señores á quienes había advertido inclinados para abrazar su partido, haciéndoles ver el gran poder con que se había ido vistiendo el emperador de Tezcoco, teniendo en una tiránica sujeción á todos los pueblos: que Techotlatzin había llevado á tal extremo su despotismo, que quitando la quietud á todos los señores los trajo ocupados ya en la corte ó en otros estados, sin dejarlos disfrutar en paz de las ventajas de los suyos: que recayendo la corona en Ixtlixochitl, siendo por naturaleza belicoso y teniendo por su juventud todo el fuego de las pasiones, llevaría la sujeción hasta el grado de quitarles enteramente sus estados, y que aunque él no intentaba despojarlo enteramente del tro-

no, si deseaba que se estuviera en aquel justo señorío que disfrutaron sus mayores, respetando los derechos de los demás reyes y demás señores de la tierra. Que debían emplearse para esto medios suaves y pacíficos, y solo en caso de que él se resistiera á una pretensión tan justa, se haría uso de la fuerza, despojándolo entonces del trono; y que en tal caso la corona imperial debería recaer en él como descendiente más inmediato del gran Xolotl, primer poblador de aquella tierra y fundador del trono.

El rey de Tlaltelolco, estaba enteramente de su parte y aun era el general de sus armas: el rey de México tenía motivos que lo obligaban por ambas partes, pues era yerno del de Azcapozalco y cuñado del emperador de Tezcoco; pero aquel como una medida política y previsora, lo había obligado, librándolo de pagar el tributo con que se había concedido á los mexicanos el terreno para establecer su ciudad, así es que temeroso de que no se los volviera á imponer, aceptó el pensamiento del tecpaneca y con él todos los señores que habían sido convocados.

Pasada esta junta y contando Tetzotzomoc con tan poderosa alianza, empezó su obra, mandando á Ixtlixochitl una gran cantidad de algodón, diciéndole: que le hiciera merced de que sus vasallos le labrasen unas mantas finas, por no haber en su reino quien hiciese los tejidos de los acolhuas. El príncipe se irritó con el atrevimiento del viejo rey; pero creyendo que aun era tiempo de disimular, mandó labrar el algodón y cuando estuvieron concluidas las mantas, entregarlas á Tetzotzomoc, quien se dió por satisfecho de lo bien que se había desempeñado el trabajo. Se repitió esta misma escena al año siguiente; y conteniendo Ixtlixochitl su cólera por los consejos del rey de Cautitlan y el señor de Huexotla, volvió á recibir el algodón para tejer nuevas mantas

ESTUD.-T. 1º-P. 21.

que tambien fueron entregadas. Pero insistiendo Tetzotzomoc el año de 1412 en mandar mayor cantidad de algodón que las veces anteriores con el mismo fin, ya no quiso sufrir Ixtlixochitl y contestó á los mensageros. «Decid al rey vuestro amo, que he recibido el algodón que trajisteis y se lo agradezco, porque lo repartiré entre mis vasallos para que hagan sayos de armas y otros aderezos de guerra que necesitan, para servirme en campaña y ayudarme á sujetar rebeldes, que negándose el vasallage que me deben, no solo se escusan de jurarme y reconocerme por supremo señor de toda esta tierra, sino que tienen desvergüenza y atrevimiento para pretender que yo les tribute. Que si tiene mas algodón que me lo envíe, que no dejarán de aprovecharlo mis vasayos para el dicho uso, aunque estoy seguro que su valor y esfuerzo es suficiente á defenderlos de las flechas de mis enemigos, sin necesidad de sayos de armas; mas con todo, siendo estos fabricados del buen algodón que envian los tecpanecas saldrán á campaña lucidos y galanes.»

Atónito se quedó de esta respuesta, porque engañado por su soberbia, se prometia mucho del buen efecto de las dos tentativas anteriores, no creyendo que este era resultado de un afectado disimulo de Ixtlixochitl. Desde este dia mutuamente quedaron resueltos á recurrir ambos á las armas y sin pérdida de tiempo alistaban sus ejércitos y sus aliados. Los principales de Tetzotzomoc eran los reyes de México y Tlaltelolco con quienes habia ofrecido partir los dominios de Tezcoco: y los de Ixtlixochitl fueron el rey de Coahuatlican, y los señores de Huexotla, Cohuatepec, Ixtapalapan, Tepepolco, Tlamanalco, Chalco y algunos otros menos principales tanto de sus estados como de los estados de Chiahuatlan y Acolman. Estos concurrieron á la corte llamados por Ixtlixochitl, con objeto de celebrar con ellos su coronacion,

manifestándoles: que su difunto padre, previendo lo que debia pasar le habia recomendado apurar todos los medios de prudencia para contrariar la astucia y desmedida ambicion del rey de Azcapozalco, por cuyos cosejos habia estado difiriendo su coronacion; pero no creyendo ya esperar mas tiempo, estaba resuelto á hacerlo, para ir en seguida á castigar la osadía de los que le habian negado la obediencia. Dejó en libertad á los presentes, para que los que temiesen el poder de Tetzotzomoc pudiesen retirarse á sus estados, porque el tenia confianza de que con los pocos que le fueran leales, el valor y fidelidad de sus súbditos y la fuerza de su brazo, reduciria en primer lugar al rey de Azcapozalco y despues á todos sus aliados. Todos contestaron unánimes estar prontos á rendirle homenaje, reconocerlo como supremo emperador y ayudarle á sujetar á los rebeldes; pero que no creian conveniente fuera su coronacion con menos pompa que la de sus antepasados y así juzgaban, que primero se debian sujetar Tetzotzomoc y sus aliados. Se contentó entonces con esto Ixtlixochitl y salieron todos á levantar sus tropas para empezar la campaña.

Se hallaban todos aquellos pueblos empeñados en levantar fuerzas para una guerra en que todos debian tomar parte. Los mexicanos muy contentos, porque á la sombra de su rey Huitzilihuitl, infatigable por el bien de sus pueblos y con el aumento de gente que recibieron en los últimos años del emperador Techotlalatzin, su ciudad de México era muy populosa y habia aumentado considerablemente su industria de huertos flotantes, su navegacion en el lago para la pesca y caza de animales acuáticos y su tráfico mercantil con los demas pueblos. Sobre todas estas ventajas, contaban con el favor del rey de Azcapozalco que ya los habia librado del pago del tributo y esperaban á su sombra aumentar sus dominios y mejorar su condicion. Pero cuando mas satisfechos

estaban por estos motivos de su rey, y que fiados en su juventud esperaban aun que viviese largo tiempo, una enfermedad de pocos dias lo hizo pagar el tributo que todo hombre debe á la naturaleza.

La muerte de Huitzilihuitl, aconteció el dia dos de Febrero de 1414 y al dia siguiente en medio del llanto de un pueblo cuya voluntad habia cautivado en su vida, fué sepultado en el cerro de Chapoltepec con los honores correspondientes á su dignidad.

Al dia siguiente de los funerales, se reunió el consejo de nobles para la eleccion de nuevo rey, porque la monarquía mexicana no fué hereditaria sino electiva, prefiriendo á los hermanos del monarca difunto, para seguir despues con los hijos del primero que habia ocupado el trono. Ese mismo dia, que fué el 4 de Febrero, fué electo Chimalpopoca, tambien hijo como Huitzilihuitl, del primer rey Acamapichtzin. Dieron luego aviso al emperador y al rey de Azcapozalco, quienes aprobaron la eleccion; luego se hizo la ceremonia de la solemne coronacion; y como no era casado, eligió luego para su esposa á Matlatzin hija del rey de Tlaltelolco.

Apenas se celebraron las fiestas del matrimonio del rey, cuando se siguió la muerte del de Tlaltelolco, á quien dicen heredó en la corona su hijo segundo Tlacatcotzin, porque su padre habia privado de este derecho al primogénito Aucatzin no considerándolo digno de gobernar por afeminado y cobarde. «Si así fué, dice Veytia, no es sin ejemplar; pero sí digno de admirar entre estas gentes, cuyos sabios príncipes mas cuidaban de dejar sucesor que gobernase con acierto sus estados y mirase por el bien de sus vasallos, que no de que heredasen sus hijos las tierras y dominios con daño de sus súbditos.» Admirable ejemplo de un fondo de sinceridad y buena fé, que siendo muy frecuente en estos pueblos no se presentan muchos en la historia de los cultos,

européos, que calificaron de bárbaros á los que efectuaban acciones semejantes

CAPITULO XXII.

Guerra del rey de Azcapozalco y sus aliados, con el emperador Ixtlixochitl.

Por bastante tiempo se habian estado haciendo los preparativos de guerra; pero no se habia interumpido la comunicacion entre los pueblos enemigos, ni se hacian ninguna clase de hostilidades. Cuando ya el rey de Azcapozalco creyó tener las prevenciones necesarias, intentó romper el silencio que hasta entonces se habia guardado en ambas cortes, dando una accion en que tomando desprevenido á Ixtlixochitl, le pudiese tomar no solo su corte sino su persona, con lo que hubiera tenido un completo triunfo. Para esto mandó que sus tropas diseminadas en distintos puntos, marcharan con alguna reserva á un lugar del reino de Culhuacan, de donde en una madrugada asaltaran las poblaciones de los estados de Ixtapalocan, abriéndose luego paso hasta la corte de Tezcoco que creyó sorprender.

Así lo ejecutaron, conducidos secretamente por un caballero de Cohuatepec, que secretamente defendia el partido de los aliados; pero hallaron una poderosa resistencia en los soldados de Ixtapalocan mandados por el gobernador Quauhxiloztin, en ausencia del señor de los estados que se hallaba en la corte, y tuvieron que salir y abandonar las poblaciones invadidas, con gran pérdida. Quauhxiloztin se ocupaba en fortificar mas sus fronteras, contento de haber rechazado al enemigo en su primer ataque, cuando el traidor que habia abierto las puertas de aque-

llos estados, irritado con la valerosa y leal conducta del gobernador, le quitó la vida cobardemente hiriéndolo por la espalda y huyendo luego á refugiarse con los enemigos.

La noticia llegó luego á Tezcoco y en menos de una hora, alistó el emperador alguna fuerza para ir en defensa de los estados invadidos; pero el enemigo amedrentado con la sangrienta repulsa, no tuvo valor de esperar á Ixtlixochitl y se retiró para Azcapozalco. Cuando llegó el emperador, no hallando ya enemigo que combatir, dejó nuevamente reforzadas aquellas fronteras y se fué para la ciudad de Huexotla. Ahí se hizo coronar solemnemente el emperador, por el rey de Coahuatlichan, el señor de Huexotla y los dos grandes sacerdotes de una y otra ciudad. Luego regresó á la corte, donde esperó á los señores de los estados que le fueron fieles, para recibir de ellos el reconocimiento, que cada uno le prestó según fué llegando.

El rey de Azcapozalco encargó todo su ejército al rey de Tlaltelolco, poniendo bajo sus órdenes á su hijo Maxtla y Chimalpopoca rey de México. El ejército imperial fué dividido en tres cuerpos: el de las fronteras del Norte se encargó á Tochtintzin nieto del rey de Coahuatlichan: el del Sur á Izcontzin señor de Ixtapalocan; y el otro se quedó en el centro con el emperador para ocurrir donde primero fuese necesario. Uno y otro enemigo se observaba sus movimientos, y cuando los de Azcapozalco vieron la inacción del ejército contrario, lo atribuyeron á cobardía y resolvieron atacarlo. En la noche embarcaron en un gran número de canoas, todo el ejército que pudieron, con objeto de atacar el estado de Huexotla que creyeron mas débil, para tomar por ahí mismo la corte. No hallaron desprevenido ni débil aquel punto; y despues de un reñido ataque, volvieron á sus embarcaciones lamentando algunas pérdidas: así se repitieron

estos asaltos por parte de los aliados, siempre llevando la peor parte, hasta que el gefe imperial determinó hacer una falsa retirada hasta Chiuhnantlan, con lo que alentados los tecpaneques se internaron, y alejados así de sus canoas se volvió sobre ellos, haciéndoles una carnicería tan espantosa, que se vieron obligados los pequeños restos, á devolverse hasta Azcapozalco. Aquello desconcertó á Tetzotzomoc y dió orden de no intentar nuevo ataque, hasta no levantar otras tropas, con que poder combatir al enemigo.

Yztlixochitl por el contrario, lleno de júbilo por el éxito feliz de sus armas, creyó que esto haria desistir á los contrarios de una guerra tan injusta: mandó una embajada que presidia un jóven de gran talento, valor y prudencia, llamado Chihuachnahuacatzin, que á sus prendas personales, reunia la circunstancia de ser hijo del gran sacerdote de Huexotla y de una hija del rey de Tlaltelolco. Partió el jóven embajador y le hizo saber á su abuelo, que el emperador por lo que hasta allí habia pasado, fiaba mucho en el valor y fidelidad de sus soldados para lograr un completo triunfo sobre sus enemigos; pero que deseando por el amor de todos sus pueblos, evitar la efusion de sangre y las calamitosas consecuencias de la guerra, los invitaba á desistir de la que si le habian movido, ofreciendo perdonarles este agravio y aun confirmarlos en la posesion de sus estados, si depositaban las armas y reconocian la suprema autoridad de quien se hallaba investido; pero si se obstinaban en su rebeldía, los sujetaria por la fuerza de sus armas, cerrando entónces las puertas de su clemencia, con que en esa vez los invitaba.

El rey de Tlaltelolco oyó la embajada y pasó luego á comunicarla á Tetzotzomoc y Chimalpopoca que juntos se hallaban en Azcapozalco; pero desechada esta propuesta de paz, volvió Tlacateotzin á Tlaltelolco para ha-

cerlo saber á Chihuachnahuacatzin, quien segun las instrucciones que llevaba de su soberano, hizo llevar una armadura y la corona que los emperadores usaban en campaña: se la puso y armándose con el arco y la macana dijo á su abuelo. «¡Veis aquí las armas del emperador, que por si acaso no admitiais rebeldes la paz con que os convida su benignidad, me las ha entregado, nombrándome por general de sus ejércitos para que adornado con sus reales armas mande sus tropas en su nombre: y armado con ellas te declaro la guerra á tí y á tus aliados, como general de las tropas unidas!» Al mismo tiempo hizo entrar cinco hombres que iban cargados con armas y poniéndolas delante de Tlacatcatzin, le dijo que su soberano les mandaba esas armas para que en ningun caso dijieran que habian estado desprevenidos. Entre las amenazas con que Tetzotzomoc habia contestado la embajada, era una, de que para el dia de un pedernal, que correspondia al 15 de Setiembre estaria su ejército en los campos de Chiuhnautlan, donde esperaba al ejército imperial, para medir con él sus armas: de modo, que vuelto el embajador dió cuenta de todo y recibió orden del emperador para la mejor organizacion del ejército y fortificar el punto amenazado. Pronto supo Yxtlixochitl por los espías que tenia en el campo enemigo que no era la intencion atacar por Chiuhnautlan, sino que circulada aquella voz y concentrado allá el ejército imperial, ir de improviso sobre el territorio de Huexotla y penetrar luego á todo el imperio. Entonces se dió orden al mismo general Chihuachnahuacatzin, para que con mucho sigilo guarneciera todas las poblaciones inmediatas á las playas de la laguna: á Chiuhnautlan, no quiso dejarla desarmada para mejor burlar la astucia del enemigo, por lo que quedó ahí un ejército competente al mando de Cihuaquequetzin hijo natural del emperador; y formó otro ejército que guarneciendo las playas de la laguna

de una ciudad á otra, socorriera prontamente al que necesitara de auxilio; y de este modo vino á estar su ejército apoyándose y auxiliándose mutuamente.

El dia designado por Tetzotzomoc para ejecutar su plan, amaneció su ejército sobre las playas del territorio de Huexotla, pues en la noche se habia conducido en innumerables canoas: les pareció haber acertado el golpe porque en ninguna de las inmediatas poblaciones veian fuerza ni preparativos de defensa, y empezaron á desembarcar y á internarse para ocupar el territorio; pero cuando la mayor parte estaban ya en tierra, el general del imperio á una señal convenida, hizo salir todo su ejército y cargó precipitadamente sobre el tecpaneca, que aunque se defendió con valor, se vió obligado á volver á sus canoas, cediendo el campo á los imperiales con una gran pérdida. Al dia siguiente, repitieron la misma maniobra y tuvieron el mismo resultado: y dicen que por ochenta dias intentaron penetrar, sintiendo siempre el mismo mal éxito, hasta que disminuido ya considerablemente el ejército tecpaneca, se retiró hasta Azcapozalco, quedando del todo vencedor y dueño del campo el imperial.

Al mismo tiempo Cihuaquequetzin habia tambien obtenido muchos triunfos en Chiuhnautlan y todos creian que era ocasion oportuna de entrar á saco en las ciudades del enemigo, para sujetar á los rebeldes; mas el emperador llevado siempre de su clemencia, no quiso emplear la gloria de su ejército vencedor, para derramar la sangre de un enemigo que ya creia vencido; y así esperó que convencidos, desistiesen de su empeño y se prepararan á la paz: ¡Inútil espera con un enemigo que ciego por su ambicion, nunca doblegaria su orgullo á la justicia y á la razon! así Tetzotzomoc; en lugar de escarmentar con los descalabros sufridos, inventó otro medio de vencer, y mandó emisarios á los señores de

Otompan y Chalco, ofreciéndoles la investidura de reyes y estender sus dominios hasta donde ellos pudieran conquistar, si abandonaban la causa del emperador para defender la suya! El cebo de la codicia, conquistó al astuto rey lo que no había podido en buena lid con la fuerza de sus armas, y abrazando aquellos señores su partido, mandaron luego retirar sus fuerzas del ejército imperial, empleándolas en su contra.

Con esta lección ya no quiso el emperador dar mas tiempo á sus contrarios, para que por medios tan rastreos le arrancaran los laureles con que su ejército se había cubierto en el campo de batalla: y siguiendo el consejo de sus generales, dió luego las órdenes para llevar el castigo á los rebeldes á sus mismas ciudades. Entró luego por las ciudades de Xaltepeque y Otompan que fueron vencidas despues de alguna resistencia; los que no huyeron, fueron pasados á cuchillo y las ciudades saqueadas. De ahí por otras varias ciudades que corrieron la misma suerte, llegó hasta Tollan, antigua capital del reino tolteca, donde se habían reunido todos los habitantes de las ciudades menos populosas, hasta encerrar los pequeños restos del ejército tecpaneca, en la ciudad de Azeapozalco. Solo faltaba el último golpe para destruir aquel numeroso ejército enemigo y estaban ya dadas las determinaciones para ello, cuando Tetzotzomoc, que bien conocia ya su ruina y el terrible castigo que como precisa consecuencia le esperaba, mandó emisarios al emperador proponiéndole rendirse y reconocer su autoridad, pidiéndole perdon de su conducta pasada. El corazon del emperador, que tanto cuanto era esforzado en la campaña, era exesivamente generoso y fácil para perdonar al vencido, presto se dejó ganar del hipócrita arrepentimiento de su contrario, sin preveer las consecuencias de no aplicar el merecido castigo á los criminales para asegurar la paz de sus estados. Sin tomar si-

quiera las medidas que de algun modo le garantizaran la fidelidad de aquella promesa, aceptó la solicitud: y no solo otorgó el perdon, sino que ofreció dejar en posesion de sus tierras, á los tres reyes y demas señores aliados en su contra, sin mas condicion que pasar luego á la corte para que rindieran el homenaje debido á su dignidad, con las ceremonias acostumbradas en la coronacion.

Nadie creyó que aquella guerra tan famosa y duradera, pudiera concluir de este modo, burlando los rebeldes el golpe de su completo esterminio, con su fingida protesta. Este causó un general descontento en el ejército del emperador y desde luego muchos pensaron retirarse del servicio de un gefe tan débil por el exeso de su benignidad: el emperador quiso calmar aquel disgusto de sus vasallos, con suaves espresiones de agradecimiento y promesas de recompensar debidamente sus servicios; pero todos veian esterilizados sus heróicos esfuerzos y el grande sufrimiento con que habían sostenido aquella larga y sangrienta campaña, con la benigna pero imprudente medida del rey, quedando así abierta la puerta para nuevas revueltas, con la esperanza del perdon, en caso de salir frustradas las perversas maquinaciones. (1).

CAPITULO XXIII.

Fin del reinado y muerte de Ixtlixochitl

Vuelto el emperador á su corte de Tezcoco, concedió algunas gracias á los señores que lo acompañaron, dis-

1. Veytia hist. antig. tom. 2.º cap. 21, 22 S 23. Torq. monarqu. ind. lib. 2.º cap. 19 Clavigero tom. 1.º pp. 126, 127 y 128.